

# Históricas Digital

“Providencialismos, milagros, festejos y otros augurios”

p. 67-72

María del Carmen Vázquez Mantecón

*Puente de Calderón: las versiones de un célebre combate*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2010

120 p.

Ilustraciones y mapas

ISBN 978-607-02-1332-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/521/puente\\_calderon.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/521/puente_calderon.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## PROVIDENCIALISMOS, MILAGROS, FESTEJOS Y OTROS AUGURIOS

Hacia 1816, cuando el brigadier recordaba cómo había planeado la batalla de Calderón, se veía a sí mismo como César a punto de pasar el Rubicón. Estaba cierto de que con su victoria, cincuenta mil europeos con sus familias aseguraron sus personas y sus propiedades, mientras “El Rey Nuestro Señor” podía estar seguro de “aquellos ricos e importantes dominios”, porque de haberse perdido la acción, la monarquía española ya no contaría entre sus vastas posesiones con el imperio de Moctezuma.<sup>1</sup>

En el ambiente de felicitaciones al virrey por el triunfo y en las respuestas de éste en agradecimiento encontramos alusiones al “adorado soberano”, y en relación con él, “al sosiego público”, “al gobierno justo”, “a la verdadera felicidad” y “a la tranquilidad y el orden”. Ésta era la opinión que a Venegas, a otros funcionarios de la corte y al mismo Calleja les merecía Hidalgo y su movimiento: “ex cura que seducía a sus satélites con imposturas y quiméricas felicidades”; “monstruo del averno”; “tigre que sólo nació para la ruina de su país”; conductor de “infelices alucinados”; “apóstata”; “tirano”; “cruel dominador de obcecados, insolentes y pérfidos revoltosos”, y, entre otras cosas, “promotor de una causa injusta”.

Fue precisamente el brigadier, el primero que escribió en su *detall* que había tenido pocas pérdidas, entre otras cosas como ya lo señalé, “por la visible protección que el Señor de los ejércitos dispensaba a la más justa de las causas”. El 17 de enero de 1811 fue convertido por los realistas “en el día más feliz de nuestra edad presente”. El Cabildo de Guadalajara instituyó que todos los 17 de enero se cantara una misa solemne en la que fuera predicado un sermón cuyo tema debía ser la demostración de que la victoria de Calderón “fue un señalado beneficio de la Providencia Divina que quiso declarar la justicia de la más santa causa [...] y afirmar los

<sup>1</sup> “Las campañas de Calleja en la guerra de Independencia”, *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, 1948, t. XIX, p. 485.

derechos del trono y del altar”.<sup>2</sup> Juan Bautista Díaz Calvillo dijo en uno de sus sermones más importantes que, dada la posición de los insurgentes y su gran número de combatientes y de cañones, “era casi imposible [que] quedara vivo uno de los nuestros, si la particular Providencia de Dios no los hubiera defendido y auxiliado”. Para este religioso, Dios era el capitán general de los ejércitos del rey, así como lo había sido de “un piadoso rey de Judá”, e insistió en que fue precisamente el Señor el que se dignó –por mediación de su augusta madre– extender su brazo poderoso contra sus enemigos para confundirlos y humillarlos.<sup>3</sup>

Servando Teresa de Mier escribió, a propósito y con mucha ironía, que los opresores siempre salían con la “cantilena” de que habían contado con la visible protección de Dios.<sup>4</sup> Carlos María de Bustamante, más fervoroso que el primero, dijo al respecto que los monarcas y los generales no estaban destinados a luchar contra la naturaleza. Por eso creía que lo sucedido fue dispuesto así por la Providencia “para purificarnos y para que apreciásemos algún día el mérito de nuestra libertad y de hechos tan hazañosos”.<sup>5</sup> Mora, algo burlón, dijo que el arzobispo y el virrey querían radicar en el pueblo la idea de que sus triunfos se debían a la especial protección del cielo sobre la causa española y en contra de los “herejes insurgentes”.<sup>6</sup> Por último, Emilio del Castillo Negrete también se refirió a los designios de Dios, aunque con total optimismo y haciendo uso de la perspectiva que le daba escribir más de sesenta años después del suceso. Fue precisamente la Providencia la que, según este autor, premió la heroicidad de sus hijos al decretar la independencia y la

<sup>2</sup> 7 de julio de 1811, en *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, recopilada por Juan Hernández y Dávalos, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, t. II, p. 500.

<sup>3</sup> Juan Bautista Díaz Calvillo, “Noticias para la historia de Nuestra Señora de los Remedios...”, *ibid.* Este sermón fue enviado a todas las comunidades religiosas masculinas y femeninas, con la obligación de que lo leyeran y lo archivaran. Véase “Cordillera acompañando un ejemplar para que se lea en comunidad el sermón publicado por el padre Díaz Calvillo”, en AGN, *Bienes Nacionales*, v. 729, exp. 48.

<sup>4</sup> Servando Teresa de Mier, *Historia de la revolución de Nueva España*, edición facsimilar de la de 1823, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 360.

<sup>5</sup> Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución mexicana*, segunda edición, México, Imprenta de Lara, 1843, reproducida de forma facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. 1, p. 191.

<sup>6</sup> José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, edición facsimilar de la de 1836, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1986, t. III, p. 138.

libertad de México. “¿Qué importaba [se preguntó] una victoria más o menos? ¿Qué el prolongar la lucha un poco más de tiempo?”<sup>7</sup>

Díaz Calvillo fue uno de los promotores de la virgen de los Remedios como la que abogó por la causa del rey — por eso la llamó “insigne libertadora”, intercesión que les habría permitido conseguir varios triunfos. Este sacerdote fue, además, el creador de la leyenda — basado en el testimonio de algunos oficiales realistas — de que la virgen con esa advocación les hizo un milagro que, según él, fue patente en muchas de las batallas que ganaron a los insurgentes. Creía que en los días de éxito aparecían en el cielo unas nubes en forma de palmas<sup>8</sup> — no olvidemos que la palma se ha visto desde la antigüedad como símbolo de la victoria — que empezaron a manifestarse el 7 de noviembre de 1810, precisamente sobre la catedral de la ciudad de México donde por esos días se veneraba “la prodigiosa imagen”. Además de mencionar el mismo fenómeno una vez concluida la acción de Aculco, Díaz Calvillo asentó que aparecieron palmas sobre el ejército real en las “cuatro batallas posteriores”, donde incluía sin nombrarla a la de Puente de Calderón. No he encontrado, por cierto, ningún testimonio o relato de que las hubiera habido en ésta, pero el asunto de la aparición de esas nubes asociadas a los triunfos realistas fue ampliamente comentado, incluso con sarcasmo, como diré más abajo.

Entre las celebraciones por la victoria de 1811, el virrey y el arzobispo promovieron que fuera solemnizada con un novenario en catedral “a la portentosa imagen de los Remedios”. Éste tuvo lugar entre el 13 de febrero y el 21 de ese mes, día en que se ofició una misa “con un aparato suntuoso y magnífico” y con un sermón pronunciado por Mariano Beristáin. De ahí salieron todos en una procesión que siguió el mismo trayecto que se hacía el día de Corpus Christi. En el centro de la marcha “era conducida en hombros de sacerdotes la dicha santa imagen”, carrera que incluyó como siempre a las parcialidades indígenas, las cofradías, las hermandades, las comunidades religiosas, el clero y el cabildo, los tribunales,

<sup>7</sup> Emilio del Castillo Negrete, *México en el siglo XIX, o sea, su historia desde 1800 hasta la época presente*, México, Santiago Sierra Tipógrafo, 1877, t. II, p. 10.

<sup>8</sup> Las nubes cirros se localizan en la atmósfera a una altitud más o menos de 8 km. Se trata de nubes formadas por cristales de hielo, que son estirados por las corrientes de viento, dándoles un aspecto plumoso o en hebras. Lucas Alamán escribió que, en su tiempo, eran comunes en el mar y que los marinos las llamaban “rabos de gallo”.

el consulado, la universidad, el ayuntamiento, la real audiencia y el virrey. No faltaron campanas a vuelo, salvas y adornos en las calles. A los lados se apostaron dos alas del regimiento de milicias urbanas de México y los tres batallones de patriotas distinguidos de Fernando VII, “los que por orden superior – continúa contando Díaz Calvillo – hicieron a la santa imagen los honores militares correspondientes al empleo de capitán general”.



Calleja siguió viendo palmas en el cielo cuando tomó Zitácuaro en enero de 1812. Según Alamán, el brigadier “se aprovechó con habilidad de un fenómeno natural harto común y que se ve con indiferencia cuando no hay ocasión de interpretarlo como prodigio”, pero que fue materia de crítica sangrienta y mordaz por los adictos a la insurrección.<sup>9</sup> Un mes después, el ejército realista encabezado por su jefe, hizo su entrada triunfante a la ciudad de México, precisamente el 5 de febrero, fiesta del santo mexicano san Felipe de Jesús. Cuenta de nuevo Alamán, que la solemnidad del acto se vio turbada por un accidente inopinado: con los vivas y aplausos del pueblo, el caballo en el que iba montado el director de artillería, Judas Tadeo Tornos –que marchaba al lado de Calleja –, se alborotó “parándose de manos” y golpeó en la cabeza a don Félix, quien cayó al suelo recibiendo un golpe muy fuerte, a tal grado, que lo cargaron hasta una casa donde estuvo un rato en cama, antes de poder ir en coche a presentarse ante el virrey. Los que se habían burlado del prodigio de las palmas contraponían a ese agüero el de la caída del orondo militar en plena celebración de su triunfo.<sup>10</sup>

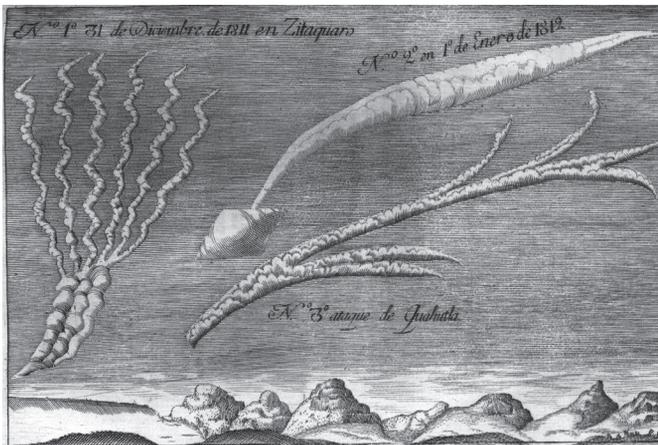
Díaz Calvillo mandó hacer un grabado con el que ilustró su texto, a partir del dibujo del capellán que acompañó a Calleja, fray Diego Manuel Bringas, quien dejó memoria gráfica de tres palmas manifestadas en la bóveda celeste: dos que se habrían visto en los días previos a la toma de Zitácuaro y otra un día antes de que

<sup>9</sup> Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, México, Imprenta de Lara, 1850, edición facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. II, p. 453-454.

<sup>10</sup> *Ibid.*, t. II, p. 476. En el tomo III de su *Historia...*, p. 205, este autor se refiere a otras palmas refulgentes vistas por los realistas cerca de San Miguel el Grande el 4 de febrero de 1812 y comenta que el fenómeno se había puesto de moda.

el brigadier atacara Cuautla.<sup>11</sup> A Carlos María de Bustamante le parecía extraño que, siendo Díaz Calvillo tan exacto en referir los milagros de la virgen de los Remedios y apreciando tanto “las palmitas de nubes”, no mencionara en su crónica la caída de Calleja. Para Bustamante, sin embargo, no había presagio en ninguno de los casos sino simples contingencias.<sup>12</sup>

El éxito sobre Hidalgo y las acciones que siguieron le abrieron a Félix María Calleja las puertas para ser nombrado virrey de la Nueva España, cargo que ocupó entre 1813 y 1816. También, gracias a ese triunfo, obtuvo varios ascensos militares y un título de nobleza: fue mariscal de campo en 1813, teniente general en 1814, y ya estando en España, vizconde de Aculco y conde de Calderón en 1818<sup>13</sup> y, finalmente, general en 1819. Su vida se prolongó hasta el año de 1828, cuando terminó sus días en su país natal con una afección hepática y en cierto olvido.



20. *Palmas de la victoria*, grabado anónimo a partir del dibujo de fray Diego Miguel Bringas, en Juan Bautista Díaz Calvillo, *Noticias para la historia de nuestra señora de los Remedios desde el año de 1808, hasta el corriente de 1812. Ordenábalas el autor del sermón antecedente. Con licencia*, México, Casa de Arizpe, 1812, entre las páginas 248 y 249

<sup>11</sup> Este grabado forma parte de la obra de Juan Bautista Díaz Calvillo, *Noticias para la historia de Nuestra Señora de los Remedios desde el año de 1808, hasta el corriente de 1812*, México, Casa de Arizpe, 1812, entre las páginas 248 y 249.

<sup>12</sup> Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, p. 325.

<sup>13</sup> Archivo del Ministerio de Justicia, Madrid, leg. 334-3, n. 3532, doc. 4. Este título fue solicitado para Calleja por los tribunales, corporaciones y Ayuntamiento de México.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS